

han pronunciado sobre él en atención a las instancias urgentes del fenómeno moderno de tantos matrimonios rotos. De Margerie defiende esa doctrina y actitud pastoral, recurriendo particularmente —entre las declaraciones recientes— a la exposición del cardenal Höffner (cfr. pp. 90-92-93. 95.97).

De acuerdo con esos criterios se podría admitir a la Eucaristía a personas separadas y unidas en matrimonio civil sólo en casos excepcionales: a) la situación, a la que se podría aplicar un texto de San Cirilo de Alejandría sobre la posibilidad de conceder la comunión “a los débiles”, dentro de los que se puede encuadrar a “certains divorcés-remariés résolus à vivre en frères et soeurs” (p. 39). Esta posibilidad el propio De Margerie no la recoge en las conclusiones, pero los editores del libro añaden una nota en la que se hace mención de la Carta de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe (11 abril 1973), indicando esta solución pastoral para el *fuero interno*. Lo que quiere decir que, ante Dios, si viven como hermanos y evitan el escándalo, lo que les permite vivir en gracia porque no hacen vida marital, se les podría conceder la comunión en estos casos excepcionales, que deben ser probados y atestiguados; b) en caso de peligro de muerte, siempre y cuando tengan verdadera contrición, que supone la renuncia a ese estado y reparación del escándalo (p. 94).

Fuera de esas situaciones no cabe admitir a esas personas a la Eucaristía. Illo no obsta, claro está, para que la Iglesia instrumente oportunas medidas para recuperar a estos hijos que no viven en plena comunión (p. 93 ss.), y en esto el acuerdo de la documentación citada es unánime. De otra parte, es necesario cuidar —para prever el futuro— la adecuada preparación de los matrimonios que vayan a ser contraídos en adelante (cursillos prematrimoniales, por ejemplo), aunque sin por ello caer en el exceso de negar el derecho a casarse que poseen los que se acercan dignamente a recibir este sacramento.

JESÚS SANCHO

Cándido Pozo, *María en la Escritura y en la Fe de la Iglesia*, Madrid, Editorial Católica, (“Bac popular”), 1979, 174 pp., 12 × 19.

Conocido también por su atención a los problemas que presenta la escatología moderna —*Teología del más allá*, publicado en la BAC— Cándido Pozo es en mariología donde tiene un puesto de relevancia. Su obra *María en la historia de la salvación*, que condensa muchos años dedicados a la docencia y a la publicación de estudios parciales en distintas revistas, le consagra definitivamente. Colabora sobre todo en “Estudios Marianos”, el órgano de la Sociedad Mariológica española, en que ha

publicado sus frecuentes intervenciones leídas en las semanas de estudio y en los Congresos nacionales e internacionales, a los que siempre asiste como miembro activo.

Como el mismo autor advierte en el prólogo de la obra que ahora reseñamos, aunque las relaciones entre este libro y *María en la historia de la salvación* son estrechas, el planteamiento en ambos es distinto: si éste fue escrito mirando a los estudiantes de teología, y se presenta con todo el aparato crítico que subraya las afirmaciones del teólogo, el presente libro se ha escrito mirando al Pueblo de Dios, menos problematizado, pero al que se quiere, con sencillez, ofrecer el fundamento científico de su creencia y devoción mariana. Es una puesta al día —en plano popular— de las conclusiones a que lleva su *hermana mayor*, como el autor llama a la obra precedente.

Creo que consigue su objetivo. Y el lector, de cultura mediana religiosa, conocerá cuáles son las dificultades del llamado *diálogo ecuménico* (parte esta que me parece excesiva, tanto en relación a las otras partes del libro, como atendiendo al destinatario del libro), y verá expuestas, con elegante claridad, las grandes verdades marianas —tan deficientemente o ambigüamente presentadas en estos momentos—: la maternidad divina, la Inmaculada Concepción, la Asunción en cuerpo y alma a los Cielos, y la legitimidad del culto que la Iglesia rinde a la Madre de Dios, parte integrante e inseparable del culto cristiano, oficio primario del Pueblo de Dios, según enseñó Pablo VI sobre todo en la *Marialis cultus*.

El autor ha tenido que condensar no sólo su libro anterior, sino sus amplios y profundos conocimientos teológicos. Pero a la brevedad le acecha siempre un grave peligro: la oscuridad, el más frecuente, o el dar más relieve a un tema que a otro, que objetivamente puede ser más importante. El autor trata muy de pasada el tema de la maternidad espiritual (con el problema de la asociación de la Virgen a la obra total de Cristo Redentor, corredención), el influjo actual de esta maternidad que ejerce desde el cielo. Y además, cierto que el problema de las bases escriturísticas es insoslayable y, junto a esto, el conocer la situación de nuestros *hermanos separados*, ¿pero el tratamiento de la perpetua virginidad de Nuestra Señora no debiera haber merecido un tratamiento más extenso, sobre todo si se lo compara con las 100 pp. que dedica a presentar las bases escriturísticas y la situación del diálogo ecuménico?

Fuera de esta observación de estructura de la obra, la creo de gran utilidad para el público a que se dirige, y aun a los expertos para un repaso rápido de las cuestiones fundamentales de Mariología.

LAURENTINO M.^a HERRÁN